

Paca

Paca, la fuerza y la vitalidad de una vida sencilla

Francisca es su nombre, pero nadie la llama así. Aquellos que comparten su vida la conocen como Paca o Cueto.

Paca es una mujer de 74 años, a los 6 migró a Pilas con su familia y allí echó raíces.

Nació en un pueblo de Málaga, pero su historia se escribió en Pilas.

Entre el barro de los cacharros y el olor del pan recién hecho, Paca aprendió que la vida no se mide por lo que tienes, sino por lo que das.

Francisca es su nombre, pero nadie la llama así. Aquellos que comparten su vida la conocen como Paca o Cueto. Paca es una mujer de 74 años, a los 6 migró a Pilas con su familia y allí echó raíces.

“Mi padre era ditero... mi madre, cocía por las casas. Yo me conformaba con cualquier cosa, pero era feliz.”



Raíces humildes y trabajo temprano

Su padre trabajaba de ditero, recogía útiles de barro para venderlos. En los pueblos eran habituales las operaciones de trueque, así que, en caso de no disponer de dinero, que muchas veces era lo más común, la transacción quedaba saldada a cambio de unos huevos frescos.

Por su parte, su madre cocía en las casas y luego vendía por las calles, cargando un canasto pesado. Paca, que era ya lo suficiente mayor, ayudaba a su madre con esta tarea.

A pesar de la escasez propia de la época, Paca recuerda con cariño esta etapa de su vida y reconoce que tuvo una infancia feliz. Se consideraba una niña que "se conformaba con cualquier cosa".

Juventud cargada de determinación

Aunque ayudó en casa desde que tuvo memoria, la primera experiencia laboral de Paca fue a los 14 años en una fábrica de aceitunas. Allí los trabajos eran temporales y ella sabía que su familia necesitaba dinero, así que haciendo acopio de

su desenvoltura y su naturaleza “extrovertida”, comenzó a buscar trabajo en otros lugares, incluso en Sanlúcar.

Desde ese momento, y a lo largo de su vida, Paca tuvo que adaptarse y reinventarse para diferentes empleos. Pasó de trabajar en una cooperativa a bordar mantones, de atender en una droguería a realizar operaciones de tapicería, incluso pidió un préstamo para reformar su casa y se fue a Sevilla a trabajar durante 10 meses, para afrontar el desembolso que esto supuso.

Y es que, en su vida laboral, ésta enamorada de Pilas, hizo prácticamente de todo. Lo único que le faltó hacer era “una cosa en la esquinita, con el bolso, como digo yo”, bromea Paca, aunque ella no critica a quienes lo hacen, ni mucho menos. “Cada una es dueña de hacer lo que le dé la gana”.

Compromiso y motor de cambio

Y es que, en su vida laboral, ésta enamorada de Pilas, hizo prácticamente de todo. Lo único que le faltó hacer era “una cosa en la esquinita, con el bolso, como digo yo”, bromea Paca, aunque ella no critica a quienes lo hacen, ni mucho menos. “Cada una es dueña de hacer lo que le dé la gana”.

La hija de su hermana era discapacitada y Paca la cuidó como si fuera suya, y es que, debido a la enfermedad de su marido, su hermana no pudo hacerse cargo de su hija todo lo que hubiera querido.

A raíz de esta experiencia personal, inició uno de los capítulos más importantes de la vida de Paca. Entró a trabajar en la asociación “Torres del Rey”, dedicada a las personas con discapacidad, nació de la iniciativa de un grupo de madres que se unieron para crear un lugar donde sus hijos pudieran estar atendidos cuando salían del colegio.



Por aquel entonces, el alcalde de Pilas, Jesús Calderón, se involucró en el proyecto con la cesión de un edificio. Paca se unió a la junta directiva en 2003 a petición de su amiga Antoñita la Perrera, quien la convenció de hacerse cargo de la tesorería de la asociación.

En esta etapa, Paca demostró su implicación y compromiso, centrándose en recaudar fondos para la asociación. Para ello, organizaba almuerzos benéficos en los que se implicaba a todo el pueblo. Al primer almuerzo, asistieron 600 personas, casi llenando el salón del centro. También organizaron actividades tan pintorescas como desfiles de trajes de flamenca, al tiempo que solicitaban donaciones a empresas locales para conseguir fondos y poder pagar a los monitores. En una ocasión, en las Cruces de Mayo, lograron recaudar casi 7.000 euros.

Pero la labor de Paca iba mucho más allá de la tesorería, su compromiso e iniciativa la llevaron a organizar viajes y fiestas, con lo que disfrutaba tremendamente, y a participar como cuidadora. Y es que hacía las cosas con convicción, como ella misma dice “por ellas y por todos los demás”. La actitud de Paca y las actividades que organizaba, despertaron la alegría entre los jóvenes del pueblo y la implicación de los vecinos.

Una batalla silenciosa

Después de jubilarse, en 2010, Paca fue diagnosticada de cáncer. Esto la obligó a recibir un tratamiento de por vida. 12 años de convivencia con la enfermedad no han conseguido doblegar el espíritu intrépido y tenaz de Paca, que continúa sin rendirse.

En los últimos años ha entrado a un tratamiento de medicina nuclear, pero a pesar de los efectos secundarios ella insiste en aspectos que considera claves: mente activa e intentar “no darle vueltas a la cabeza”.

A pesar de que debido a su enfermedad requiere tratamiento de por vida, Paca continúa mostrando ese carácter intrépido y tenaz, sin rendirse ante ningún obstáculo.

Referente y legado

Hoy, Paca sigue siendo una mujer repleta de vitalidad y perseverancia, que vive el presente sin pensar en el futuro. Destaca por su lucidez y claridad, y tras su largo recorrido guarda algunas reflexiones que compartir con los jóvenes.

Paca señala que la educación y el respeto son el eje que debe marcarlo todo. Hace hincapié en el respeto a los mayores y en que tratemos siempre a los demás como queramos ser tratados. Para ella, la felicidad no reside en llenar la vida de años, “sino en llenar los años de vida”.

